

ANT-XIX-1294(4)

R. 67.156

ORACION FÚNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNÍSIMAS HONRAS

CELEBRADAS EN SUFRAGIO DEL ALMA

DE S. M. LA REINA QUE FUÉ DE ESPAÑA

Doña María de las Mercedes de Orleans
Y DE BORBON,

PRONUNCIÓ EN LA SANTA Y APOSTÓLICA IGLESIA

CATEDRAL DE ALMERÍA EL 17 DE JULIO

DEL PRESENTE AÑO,

EL M. I. SEÑOR DOCTOR

DON EDUARDO VALVERDE CAZORLA,

DIGNIDAD DE DEAN DE LA MISMA SANTA IGLESIA,

CAPELLAN DE HONOR HONORARIO Y PREDICADOR DE S. M.



ALMERÍA.

IMP. DE LA VIUDA DE CORDERO.

1878.



M. h. D. Ramon de Mauné

en recuerdo de amistad

J. Mauné Vázquez

Publicase á espensas de la Excelentísima
Diputación provincial y Excmo. Ayuntamiento,
con licencia de la Autoridad eclesiástica.

Luxitque illam omnis populus.

La lloró todo el pueblo.

(JUD. cº 16 vº 29º)

ILUSTRÍSIMO SEÑOR;
Señores Excelentísimos; Ilustres Corporaciones;
Pueblo Católico:

QUE solo Dios es grande y que ante Él nada son los poderosos del mundo, la gloria humana ni las magnificencias de la tierra, están diciendo á nuestras almas, en estos momentos solemnísimos, con lenguaje conmovedor y misterioso, el imponente aparato de estos fúnebres cultos; las lúgubres tristísimas notas de ese sublime Oficio de difuntos; este túmulo que en medio del tem-

plo se levanta como severo emblema de la piedad y del dolor; esta extraordinaria concurrencia de todas las clases sociales que silenciosa y enlutada hoy llena el sagrado recinto; toda esa elocuentísima poesía de los funerales cristianos; el mismo incruento y adorable sacrificio que con pontifical solemnidad acaba de celebrarse sobre el Ara Santa; todo, en fin, cuanto hoy nos rodea y ven nuestros ojos y ocupa nuestro pensamiento y evoca nuestra memoria y contrista profundamente, en estos instantes, nuestros afligidos corazones; por que todas estas cosas, á un tiempo mismo, nos recuerdan, que una grandeza terrenal acaba de deshacerse en el sepulcro; que una felicidad humana se ha desvanecido al soplo de la muerte; que una belleza en el apogeo de los encantos á su contacto frio perdió sus esplendores; y que todo cuanto el hombre admira y la ambicion codicia y la envidia desea y celebra el mundo, y por lo que nuestro corazon ardientemente suspira, no es otra cosa, en último resultado y en espresion de los libros Santos, que *estercus et vermis*; podredumbre y corrupcion, ó como ha escrito el Ecclesiastés; *vánitas vanitatum et omnia vánitas*. Vanidad de vanidades, todo vanidad.

Ayer, el nacimiento dió á una muger ilustre altos

timbres y nobilísimos blasones; la educacion mas elevada sus ventajas; la familia inefables amores; la fortuna sus óptimas dádivas; la virtud todas las aureolas; sus atractivos la hermosura; la juventud sus alegrías; su candor la inocencia; la piedad su prestigio; la popularidad sus áuras; el amor de un rey consagrado al pié de los altares con bendiciones del cielo, todas las magnificencias de un trono, y una nacion su afecto y el mundo sus aplausos. Hoy... ¿qué resta ya de tantas raras felicidades reunidas? Bien lo sabeis: los yertos despojos de un cadáver cubiertos por el tosco sayal de humilde religiosa y sepultado en la oscura capilla de un templo solitario.

¿No es verdad, Señores, que es triste, muy triste, que considerais hasta desgarradora y cruel la muerte de esa Reina querida? Pues no obstante, esa tristeza que ella ha derramado tambien sobre mi corazon, llenándolo por entero, como el vuestro, de una inmensa amargura; yo... ¿por qué no he de decirlo? veo esa muerte hermosa, muy hermosa, á la luz de la fé y en presencia de la Religion; por que ha ofrecido á la augusta consorte de nuestro católico Monarca Doña María de las Mercedes de Orleans y de Borbon, lo que no pudo darla la vida, aun siendo como la suya fué, á tal extremo favorecida con todo linaje de venturas; pues la ha

dato oraciones, recuerdos y lágrimas. Oraciones que alcanzarán para sus sienes, en las moradas eternas, sino la cinzera todavía, una corona celestial por su corona de la tierra. Recuerdos que harán imperecedero el de sus cristianas virtudes. Lágrimas, en fin, que como rico don del sentimiento y ofrenda purísima del alma, serán ante la historia poético é irrecusable testimonio del amor que supo inspirar al pueblo español, que hoy al pié de su sepulcro ardientes y copiosas las derrama.

¡Las lágrimas de un pueblo! ¡Decidme, señores, si conoceis homenaje mas digno de la memoria de una Reina! ¡Si el amor en lo humano puede dar de sí mismo una prueba mas grande ni elocuente!

Fac lutum secundum meritum ejus. (1) *Duélete del que muere segun sus merecimientos* ha dicho la Escritura. Luego ese duelo nacional que ha seguido á su muerte y en el que tan viva parte os hicieron tomar vuestros sentimientos humanitarios, vuestro patriotismo y vuestra caridad como cristianos, es y no puede dejar de ser expresion grandilocuente de sus altas nobilísimas prendas, de sus raras virtudes; y no os parezca extraño que así lo

(1) Ecl.^o 38, 18.

considere, cuando para encomiar el mérito superior de una heroína de la antigua ley, de grande y merecido renombre, una pluma divinamente inspirada espresó todas sus alabanzas en esta sola frase. *Luxitque illam omnis populus*. Todo el pueblo lloró sobre su tumba.

Y ved, Señores, como surge de aquí, no solo formulado el pensamiento de mi discurso, sino tambien detallado su plan en esta sola proposicion: «El mejor elogio de Doña María de las Mercedes, »como mujer y como Reina, lo ha escrito la Española con sus lágrimas.» *Luxitque illam omnis populus*.

Dispensadme, Señores, sino acierto á satisfacer las justas exigencias de vuestra ilustrada piedad; pero os lo confieso con toda la sinceridad de mi alma; jamás usé de la palabra en mas difíciles circunstancias que las que en estos momentos me rodean. La augusta suntuosidad de estos fúnebres obsequios; lo selecto é ilustrado del auditorio; la índole especialísima de esta oracion, por las excepcionales circunstancias de la excelsa Señora, en cuyo elogio debo de pronunciarla; lo angustioso del tiempo; la escasa preparacion; lo débil y apagado de mi voz: esta misma ardiente atmósfera que respiramos, todos son, Señores, motivos bastantes para abatir alientos mas poderosos que

el mio. Declaracion que me permito hacer como eco fiel de lo que siente mi alma, para que no se traduzca como propia confianza, lo que solo es un acto de deferencia y gratitud hácia vosotros, Excelentísimos Señores, que me distinguísteis con esta honrosa mision, y un sincero deseo de corresponder por mi parte, en la escasa medida de mis fuerzas, á los piadosos fines de esta solemnidad. Dos cosas comprendereis, que por lo mismo necesito: la indulgencia de un cristiano auditorio que sabreis otorgarme, y la gracia de mi ministro que imploro de Dios.



Flor de un dia; fugaz y luminoso meteoro; blanca nube, no bien aparecida, disipada por los vendabales de la tierra; tal ha sido, Ilustrísimo Señor, Señores Excelentísimos, la vida de Doña María de las Mercedes de Orleans y de Borbon, nuestra difunta Soberana. Empero, ¿el breve período de una mañana, que apenas vive la galana rosa, impide

á nuestros ojos gozar de sus encantos, ni á las áuras aromatizarse en su perfume? ¿el rápido cruzar del luminoso meteoro, no deja en nosotros, por ventura, vivo el recuerdo de sus brillantísimos fulgores? ¿la nube aparecida en las alturas de los cielos, no le basta, á veces, cruzar velóz por el azul espacio, para destilar sobre la tierra lluvias copiosas y fecundantes rocíos?

El 24 de Junio del año de 1860, Doña María de las Mercedes, abrió sus ojos á la vida en Madrid y en el mismo Real Alcázar, en que acaba de cerrarlos para siempre; y tras muy breve tiempo transcurrido, sale de ese Palacio de Oriente, en donde se comienza y cierra el corto círculo de su preciosa existencia, para ser trasladada con sus augustos padres sus Altezas Reales los Serenísimos Señores Don Antonio María de Orleans y Doña María Luisa Fernanda de Borbon y Borbon, Duques de Montpensier é Infantes de España, á la ciudad de Sevilla, donde á la sazón tenían y aun hoy tienen, su habitual residencia. Bajo aquel espléndido cielo, riquísimo de luz y de sol, despuntaron los primeros destellos de su razón, claros, brillantes y serenos, como las primaverales alboradas que alumbran aquellas verdes llanuras de Andalucía y las floridas márgenes que baña el Guadalquivir.

No se me oculta, Señores, cuan grande digni-

dad es la de esta sagrada cátedra y cuanta es tambien la alteza de mi sacerdotal ministerio, que ni deben profanar la lisonja, ni rebajar la adulacion, por elevado que sea el rango de aquel á quien se tributen. Sé tambien, que del tumultuoso combate de las ideas y de las opiniones políticas, brota encendida la llama de la pasion, y que á esta falsa luz ni pueden verse ni juzgarse con imparcialidad severa algunas de las figuras que por su personalidad conspicua, su posicion eminente ó su influencia poderosa, han podido de alguna manera intervenir en el desenvolvimiento de los sucesos, que en estos últimos tiempos forman la historia agitada de la sociedad española: pues bien, Señores; sin incurrir en lisonjas ni adulaciones; sin dejarme arrastrar, en ningun sentido, por pasiones políticas á que soy, gracias á Dios, completamente ageno, puedo decir desde este lugar sagrado, con verdad entera, lo que sabe toda España, y sin notoria injusticia hoy no podria omitir: que sus Altezas Reales los Serenísimos Señores Duques de Montpensier han hecho del amor de sus hijos una pasion; de su educacion un sacerdocio, y de su alcázar mansion donde se rinde culto á todas las virtudes privadas. Modelos de purísimas costumbres, inteligencias elevadas, corazones generosos, almas piadosas y creyentes, colosos de

fortuna, han tenido la autoridad, el prestigio, la vocacion y todos los medios necesarios para hacer de todos sus hijos, por el cultivo constante de sus facultades, por su direccion discreta y su vigilancia mas esquisita y previsora, católicos fervientes; damas ó caballeros de prendas nobilísimas, príncipes de rara instruccion, de grandes virtudes, de egrégias y eminentes cualidades.

En San Telmo, pues, en aquel ya memorable palacio que la situacion hace bellísimo, el rio y sus jardines pintoresco, el cielo risueño y la opulencia de sus moradores suntuoso, comienza á recibir su educacion primera, la tierna Infanta Mercedes. Doctos profesores; sacerdotes de ejemplar vida y superior ilustracion; artistas excelentes; literatos de renombre, alguno de ellos europeo, todos en ordenado concierto y en la progresion debida al mejor método de sus estudios ó á su desarrollo intelectual, trabajan en cultivar su espíritu, bajo la inspeccion atenta, continúa, pacientísima de sus amantes padres. Y sucedió lo que no podia menos de suceder, Señores; lo que sucederá siempre con el que en tan privilegiadas circunstancias domésticas y sociales, haya recibido del cielo inteligencia clara, viváz ingenio, sensibilidad esquisita y una inagotable bondad de corazon; á quien como Doña María de las Merce-



des viniese al mundo con el instinto de lo bello, la intuición de lo verdadero y el amor al bien; que asimilaría por decirlo así su alma, como asimiló la suya, todo lo grande y noble y puro que halló sobre la tierra.

La educación religiosa fué, como comprendéis, la base primera y mas esencial de toda su educación, y en la oración la hicieron buscar preceptores piadosos, su mas poderoso auxiliar, en imitación de este ejemplo del Eclesiástico (1) *cum junior essem quæsiçi sapientiam in oratione mea.*

—«Cuando era jóven busqué en mi oración la sabiduría.» Esos horizontes infinitos que la doctrina de Jesucristo descubre á la razón humana, cuando se los contempla, como ella los contemplaba, á la luz divina de la fé, elevaron su pensamiento á Dios, manantial eterno de la verdad y del bien; y la moral del Evangelio, austera, rígida, purísima, depositó en su corazón santas semillas, que muy luego fecundadas por la piedad, hicieron florecer en su alma de ángel esas virtudes, que después han sido ornamento de un trono y admiración de un pueblo. Las bellas artes y muy especialmente la música, la pintura, la literatura y la poesía, que tan aptas son para desenvolver las fa-

(1) Cap.º 33, v. 23.

cultades de la imaginacion y aquilatar y depurar el sentimiento, la dieron el buen gusto; ese sentido estético que sabe hallar purísimo deleite ante las maravillas de la naturaleza, las grandezas de la creacion y los prodigios del arte; que trasporta el alma á la contemplacion de la eternal belleza, y suavemente la encamina al amor apasionado del bien. La geografía, las matemáticas, la historia, las lenguas; lecturas sábiamente escogidas; grandes ejemplos de sabiduría y virtud, hábilmente presentados á la admiracion de su alma generosa, la dieron esa variedad de conocimientos, que mas elevan la inteligencia; que mejor adoctrinan á los Príncipes; que les hace fácil el cumplimiento de sus altos deberes; instructivos y deleitosos sus viajes; provechosos sus ulteriores estudios; grata la sociabilidad y su trato íntimo, dulce, sencillo y bondadoso. Y como si todo esto aun no fuera bastante, para completar esa instruccion riquísima y variada, aprende todas esas habilidades propias de su sexo, que muchas veces son, el único patrimonio ó el mejor atractivo de las que ocupan rango inferior al suyo en la escala social; y yo mismo, Señores, yo he tenido ocasion de ver y de admirar en la Capilla de aquel Palacio, vestiduras consagradas al culto, que las delicadas manos de las Infantas bordaron y que trajeron, por en-

tonces, á mi memoria el recuerdo de aquellas primorosísimas labores en que distraía sus ócios de Reina, la primera Isabel.

Pero en vano me esfuerso y os molesto dandoos á conocerla extension, el carácter y las tendencias de su educacion literaria, artística y religiosa. Ella fué la que convenia á su alto rango de Princesa cristiana; así como las mas grandes y ejemplares virtudes, fueron sus preciosos frutos, sus admirables resultados.

¡Sus virtudes! ¿y quien podrá jamás desconocerlas? ¿quien, por ventura, ignora que por ellas fué por lo que despertó siempre en torno suyo, los mas vivos afectos, las mas profundas y ardientes simpatías? ¿quien no sabe en España, que la bondad, la caridad y la modestia, fueron los mas ricos y brilladores diamantes de su diadema real? Yo no podré, Señores, enumerar aquí ni todos los hechos que revelaron esas virtudes en las interioridades de la vida privada, ni los sucesos, anécdotas ó episodios que pudieran hacerlas populares; por que ni me es permitido afirmar, y menos desde este lugar sagrado, lo que no tenga todas las garantías de una perfecta veracidad y de una autenticidad irrecusable, ni aun conociéndolas en estas condiciones, podría detenerme en su narracion minuciosa; pero, preguntad al pueblo de Se-

villa, que la idolatraba, y os dirá que él pudo admirar esa modestia, hasta en la sencillez con que vestía; esa bondad en la dulce expresion de su semblante y en su afabilidad inalterable; esa caridad ¡ah!, de su caridad os contará prodigios, con la entusiasta efusion que la gratitud inspira, y la proverbial donosura de su imaginacion meridional.

¿Quereis saber el camino de San Telmo? Seguid á un pobre, ha dicho un poeta que al espresarse así nada finjía, y yo sé, que uno de los ángeles de caridad que con mas frecuencia en él se aparecian al necesitado, era la Infanta María de las Mercedes. ¡Menesterosos que recibíais abundantísimos socorros de su mano bienhechora, decid aquí por mí, no el número ni el valor de las dádivas, sinó el vivísimo gozo, la radiante felicidad que, al hacerlas, la poseian! Y no podia suceder de otra manera, en quien estaba habituada á contemplar altos ejemplos de una inagotable beneficencia. Recordad, Señores, aquellas grandes arriadas que convierten la capital de Andalucía en turbia y cenagosa laguna, interceptando comunicaciones, derribando edificios, llevando en sus impetuosas oleadas la consternacion y el espanto, á veces el hambre y la muerte á sus mas infelices moradores, y recordareis tambien con ellas, actos de ca-

ridad que, en ocasiones, hizo el peligro heróicos, realizados por los Infantes y sus hijos, entre los que por su mayor juventud Doña Mercedes se destacaba y que tenían lugar, cuando sus Altezas llevaban en ligeros esquifes á los parajes inundados, vestidos, provisiones, todo género de socorros, toda clase de auxilios. Recordad las sequías... pero ¿á qué fatigaros? En breves palabras os lo diré todo. La Princesa, siguiendo nobilísimos ejemplos de familia, asídua y personalmente inspeccionaba con su excelsa hermana la Infanta Cristina, las escuelas que en Sevilla dan enseñanza gratuita á pobres de todas las edades; y yo he oído de lábios de sacerdotes caracterizados y piadosos, cooperadores en aquella hermosa obra, que eran sus conversaciones predilectas, las que versaban sobre la manera de fomentarlas y de hacer cada un día mayores su desarrollo y sus progresos. Protectora la ilustre familia de las sociedades de San Vicente de Paul, de la Beneficencia domiciliaria, de la Santa Infancia, de las Arrepentidas, de las Hermanitas de los pobres y de todos los demás institutos benéficos que allí difunden á torrentes los preciosos dones de la caridad de Jesucristo, no solo contribuían á su sostenimiento con munificente largueza, sinó que también era muy frecuente ver á la princesa, ado-

lescente todavía, visitar los tugurios de la miseria, llevando personalmente dones y consuelos al lecho de la juventud enferma y de la vejez desvalida. Y como de todo esto era testigo presencial un pueblo de ciento veinte mil almas, como español, impresionable y sensible á todo lo grande y generoso, la prodigó sinceros y espontáneos aplausos, cuyos ecos dilatados por la fama, vinieron á formarla esa brillante aureola que ha circundado despues su pura frente. ¡Oh sí! la corona poética mas bella que pudiera dedicarse á su memoria; su elogio fúnebre mas conmovedor y elocuente, seria, en mi juicio, Señores, el que formarían coleccionados, las frases sentidas, las entusiastas alabanzas, los tiernos y afectuosos apóstrofes que la dirigió el pueblo sevillano con la peculiar espresion de su nativa poesía, en los frecuentes trasportes de su amor y de su gratitud.

Las nubes precursoras de las borrascas políticas, que en mil ochocientos sesenta y ocho aparecieron sobre los horizontes de nuestra patria, llevaron lejos de ella, á los Infantes. Tal vez las lágrimas primeras que vertió la Princesa, se las arrancarían en extrangero suelo, las desventuras de España; que agena por su edad y por su inocencia á todo interés político, á toda ambicion personal ó de partido, no podria menos de ver

con íntimo dolor de su alma, las mas verdes montañas de su nacion querida, alumbradas por el siniestro fulgor de las batallas; rojas de sangre las cuencas de sus rios y pueblos y ciudades arruinados por el asolador torbellino de las pasiones populares; y como si este pesar, resúmen de tantos otros pesares, no fueran bastantes á completar el holocausto, que ella, como todo ser humano, ha de ofrecer alguna vez en su vida, á la voluntad divina, en el altar de la resignacion, la muerte súbita y prematura de su mayor hermano el Infante Don Fernando, la hace beber en el cáliz de las amarguras de la tierra.

Pasan dos años... y esas áuras perfumadas de una juventud que llega á su primavera, abren su corazon virginal á otras muy dulces aspiraciones; á otras muy risueñas esperanzas; á las esperanzas y á las aspiraciones de un amor casto y puro; que en esa época ya se realizaba, Señores, el prólogo de ese bellísimo poema que tuvo por inmediato desenlace su matrimonio con el Rey, y el cual habrá de parecer á la posteridad mañana, una leyenda llena de idealismo y de ternura, que la poesía de dos nobles corazones quiso intercalar entre las realidades, muchas veces groseras, de la historia.

Ni la razon de Estado, ni miras de familia, ni

cálculos de partido, ni la política de alianzas; nada, en fin, de cuanto suele por lo comun influir ó determinar los régios enlaces, concertaron este. Fué pura y exclusivamente, en su origen, obra de dos almas que se comprendieron; de dos corazones que se amaron; y como por lo regular acontece cuando móviles naturales y puros y legítimos realizan un hecho que deriva muy luego muchos y grandes bienes, esta boda de tales sentimientos nacida, á la vez que sus fines propios, vino á satisfacer cumplidamente todas aquellas conveniencias, todas aquellas necesidades. Él ofreció al Estado conocidas ventajas; á la Real familia, nuevos vínculos de amor y de concordia; á las creencias religiösas del país, sólidas garantías; á los partidos políticos, simpatías ó esperanzas; á las potencias extranjeras, prenda segura de la consolidacion de nuestras instituciones públicas; al Monarca la perspectiva de una vida dichosa y al pueblo español un ardiente entusiasmo.

No; no se habrá borrado de nuestra memoria la fecha, ya para siempre memorable, del veinte y cuatro de Enero último, en que la Princesa Mercedes, radiante de felicidad, de juventud y deslumbradora riqueza, y lo que es mejor todavía, llena de modestia pudorosa y cristiana, consagraba, con vínculo indisoluble, al pié de los

altares su amor al Rey, mas orgullosa de inspirárselo, que de la corona que ceñia. No habreis podido olvidar aquella triunfal carrera desde Atocha á Palacio, bajo arcos de flores y entre las aclamaciones de inmensas muchedumbres embriagadas de júbilo. No; no era aquella general alegría de esas que artificiosamente preparan el interés servil ó la baja adulacion, sinó engendrada por el amor y la esperanza de un pueblo, que cuando veia pasar á los Reales esposos en la carroza de dos mundos, creia ver representada en el interesante grupo que formaban, digno de un pincel inspirado, la Justicia elevando á la Virtud á los esplendores del sόlio.

Pasaron cinco meses apenas. ¡Cinco mesēs que el amor y la inocencia vivian con las bendiciones de Dios, bajo los artesonados del Alcázar Real, sobre flores que parecia no habian jamás de marchitarse, cuando el dolor, aspid venenoso que en ellas oculta y traidoramente rastreaba, les clavó su aguijón, sorprendiéndolos en el mayor embelleso de su ventura! ¡Pero ah, Señores! que el espectáculo de aquella felicidad no pertenecia á la tierra; que no le es dado ni lo será jamás á criaturas humanas, tornar el valle de lágrimas en delicioso paraíso. Esa boda fué para los Monarcas un sueño venturoso, y tuvo por horrible despertar

una enfermedad cruel, seguida de una muerte prematura.

En los primeros síntomas, la ciencia vió felices anuncios, que en los países regidos por instituciones monárquicas, siempre fueron de trascendencia suma á la pública felicidad; pero estas dulces esperanzas, alejando por entonces toda inquietud, no hicieron otra cosa que preparar mas dolorosa la sorpresa, mas terrible y cruel el desengaño.

No seguiré, Señores, dia por dia ni hora por hora, las alternativas de esperanza y de temor que presentó la dolencia en sus varias rápidas fases. No os hablaré siquiera, aunque bien lo merecía, de la resignacion, la paciencia, la conformidad, la fortaleza y de todas las demás virtudes, verdaderamente edificantes y cristianas, que la angustiada enferma ofreció á la pública admiracion, como digno remate de su vida ejemplar; como comprobacion elocuentísima de esta máxima de los libros Santos. *«En los momentos de tu enfermedad, da muestras de tu conducta.»* (1) No describiré, por que no tendría palabras para hacerlo, aquellas desgarradoras escenas que se siguieron á la llegada de los afligidos padres y hermana de la Reina moribunda; ni la angustiosa espectacion del

(1) Ecl.^o 18, 21.

pueblo de Madrid, en todas sus clases, agolpado á las puertas de Palacio; ni la ansiedad vivísima de los que á nuestro dolor añadíamos, la incertidumbre cruel de la distancia. No trazaré tampoco... ¡y quien podría trazarlo! aquel sublime cuadro de su lenta y prolongada agonía; cuando el Rey y los Príncipes, arrodillados en torno de su lecho, trémulos y consternados, veían á dos Príncipes de la Iglesia, ofrecerla, con solicitud evangélica, los consuelos de la Religión y la gracia de los sacramentos. Ni menos trataré de pintar aquel estupor, aquel espanto, aquella incomparable amargura del Monarca; ¡pobre Rey, diré con dolor y con respeto! de los Duques de Montpensier ¡pobres padres!, de su hermana la Infanta Cristina, de la dolorida Princesa de Asturias, de los Ministros, de los Presidentes de las Cámaras, de los altos dignatarios del Estado y de la Corte, y de todos, en fin, cuantos se encontraban en la Cámara Real, en el instante supremo en que exhaló su último suspiro. Solo quiero traer á vuestra memoria, si es que de ella ha podido apartarse, el recuerdo de aquel inmenso gemido, que dominando los estampidos del cañon y el fúnebre clamor de las campanas, resonó en toda la extension de la monarquía, en la Europa entera y mas allá de los mares, cuando el telégrafo, con la rapidez y la cruel

indiferencia del rayo, llevó á todas partes la infausta nueva de su muerte. Yo, por mí sé decir, que no recuerdo una afliccion mas solemnemente espresada; una desgracia mas unánimemente sentida en nuestra historia. Aquel dia no hubo ojos españoles que no vertieran una lágrima; pechos que no respirasen oprimidos; corazones que no estuviesen sinceramente llenos de amargura. Aquel dia, dicho sea en honra de esta Nacion hidalga, no hubo en ella partidos, por que todos se fusion^{na}ron en el sentimiento y en el luto comun... ¿pero á quien digo esto? pues qué; ¿no tomasteis vosotros, por ventura, una vivísima parte en ese quebranto nacional? ¿hubo acaso en esta Ciudad ni en su Provincia, clases, partidos ni personas que no se sintiesen hondamente afligidos? ¿y sabeis lo que significa ese dolor tan espontáneo y público y sincero? Que el pueblo español, con ese gran instinto, que no le ha engañado jamás, en ninguna de las grandes crisis de su historia, en la misma hora en que vió amenazada de muerte á la Reina Doña Maria de las Mercedes, tuvo la íntima revelacion de sus grandes virtudes, y en presencia de ellas, de su vida inocente, de su juventud dichosa, de su simpática belleza, de su felicidad desvanecida, sintió conmoverse su corazon, y á impulsos del mas tierno y humanitario sentimiento, dejó



correr hilo á hilo sus lágrimas, para que con los diamantes de esas lágrimas, el dolor nacional escribiese sobre su tumba, este elogio que, resume todos los elogios, que pueden enaltecer su memoria; *Luxitque illam omnis populus*. La lloró todo su pueblo.

Y despues que esto hicisteis como hombres, la volvisteis á llorar como españoles. Que en presencia de su cadáver muchos fueron, aquellos á quienes su patriotismo alarmado les arrancó esta exclamacion preñada de amarguras, ¡pobre España! Y en efecto, Señores: Si *lo que el sol al nacer*, es en frase de la Escritura «una buena muger »para su casa» (1) ^{que} ~~como~~ ^{como} parece que la caliente é ilumina, así una Reina buena es bendicion de Dios para su pueblo. El trono como todo lo que existe sobre la tierra, se dignifica por la virtud; y á medida que mas se relajan las costumbres y la sociedad se desordena á la accion disolvente del sensualismo que la prostituye y del escepticismo que la materializa; de ese egoismo que nos endurece y de esos ódios que nos separan, mas necesitados estamos de contemplar, en lo mas elevado de la gerarquía social, altos ejemplos de pureza inmaculada, de fé viva, de moral severa, de cari-

(1) Ecl.^o cap.^o 26, 21.

dad bienhechora, de clemencia inagotable. Doña María de las Mercedes todos estos ejemplos los daba y todas esas virtudes las reunia. Esposa amante, hija tierna, hermana cariñosa, fervorosa creyente, Reina magnificéntísima, angel, en fin, por la pureza del alma y la bondad de su corazón; y como todo esto España lo sabia, toda ella con razón esperaba, que, de vivir, hubiese emulado las esclarecidas dotes con que una Berenguela ó una Isabel la Católica ilustraron el sόlio de Castilla.

Tiempos, por otra parte, los presentes agitados y turbulentos, en que las mas arraigadas instituciones desaparecen y los mas sέculares tronos se derrumban, los espańoles que, en su inmensa mayoría, creen indisolublemente ligados el 6rden y la felicidad pύblica á los intereses de la excelsa dinastía que felizmente reina, no podian dejar de ver con hondísima pena, tal vez con alarma, que la muerte de Doña María de las Mercedes rompiese esa nueva cadena de amor que formada por sus virtudes, dulcemente ligaba el pueblo al trono de sus reyes. ¿Exagero por ventura, Seńores? ¿No habeis pensado y sentido todos así, en estos tristes dias? ¿No han cruzado por vuestra mente como otras tantas sombras de siniestras nubes, que hubiesen aparecido sobre los horizontes de la patria, dudas pavorosas, vagos pero alarmantes temo-

res? ¿Ignorais que lábios muy autorizados se han hecho eco de ellos, en el mismo seno de la Representacion Nacional? Yo, Señores, espero y pido á Dios que nunca se realicen; y si de ellos hago mérito es por que tienen hoy una significacion elocuentísima que no puedo menos de señalar á vuestra ilustrada consideracion; que esa preocupacion del país ante esta desgracia irreparable, es el mas alto testimonio del benéfico influjo que á las virtudes de la Reina atribuia en los futuros destinos de la nacion; cuantos mayores, pues, y mas fundados hayan sido esos patrióticos temores, mas irrecusable prueba ofrecen de las egrégias cualidades de nuestra malograda Soberana; y la historia, tomándolos en cuenta, para hacer impecedero su recuerdo, dirá á la posteridad, *Lucxit-que illam omnis populus*. La lloró toda España.

Aquí debiera dar por terminado mi discurso, Ilustrísimo Señor, Señores Excelentísimos, toda vez que creo haber puesto de relieve bajo las dos grandes fases de sus virtudes privadas y de su benéfica influencia en los destinos de la nacion, la figura de la mujer y de la reina, cuya muerte inesperada y prematura os arrancó, como hombres y como españoles, lágrimas de sincero dolor, que son hoy en la tierra su mas bella corona. Nada mas añadiria, anheloso como estoy de no prolon-

gar vuestro cansancio; pero el sagrado lugar en que nos encontramos; la actitud suplicante en que os contemplo, y el caracter esencialmente religioso de esta solemnidad, todo á la vez me recuerda vuestro deseo de ofrecerla una prueba de amor, mucho mas grande que la que la dieron vuestras lágrimas. Permitid unas cuantas palabras al sacerdote y escuchadlas como cristianos.

En presencia de ese eterno y pavoroso enigma de la muerte que, en vano la sabiduría humana pretende esplicarse y descifrar, los que no ven en el hombre otra cosa que materia, y aun las escuelas, sistemas y doctrinas, que considerándolo ser espiritual, desconocen su origen, su condicion y sus ulteriores destinos, ante el sepulcro de una persona querida, de un génio ó de un héroe, sienten dolor desesperado, (no así nosotros), y todos los homenajes que á su memoria rinden, se limitan á lágrimas, recuerdos y honores. La de las lágrimas, Señores, ya os lo he dicho, es muy valiosa ofrenda, como que ellas forman el mas rico don del sentimiento, una parte del alma. Los honores, son tambien espresivos por ser ellos signos públicos que dignifican méritos superiores ó espresan sinceras gratitudes. Los recuerdos salvan del olvido lo que le amenaza, resucitan en cierto modo lo que muere, detienen lo que se desliza,

guardan la memoria de grandes hechos, altos merecimientos y sublimes virtudes, las transmiten á las generaciones venideras y en la historia los perpetúan; pero ni unas ni otros traspasan las fronteras del tiempo ni salvan los límites del espacio, y fuera del espacio mas allá del tiempo, eternamente mora el alma que abandonó esta vida; ¡y qué, Señores!, ¿no podremos ofrecer á un alma bien amada otra cosa que lágrimas para su dicha estériles, vanos honores, recuerdos impotentes, que al fin, como humanos, se detienen en los umbrales de la eternidad? No, Señores Excelentísimos. Nosotros, los que recibimos las enseñanzas de Jesucristo, los que tenemos fé profunda en la verdad de sus dogmas y en la autoridad infalible con que la Iglesia Católica los define y los predica, solo vemos en la muerte un tránsito, y poseemos un secreto divino para comunicar con las almas que ya lo han realizado á las invisibles esferas de otra vida mejor; y si aun allí purgasen culpas de la terrena en el crisol de los remordimientos y de los dolores, antes de abismarse en el piélago insondable de las delicias eternas, tambien podemos abreviar sus sufrimientos y llevar á ellas la luz, el refrigerio y la paz.

¡Oh, sí! El cielo nos ha otorgado este poder maravilloso y el secreto que realiza tales prodi-

gios, es, Señores, la oracion, que nace en los íntimos senos del alma, del consorcio misterioso y purísimo de la esperanza y del amor. La oracion, como nuestra, sería impotente siempre para alcanzar tan altos y sobrenaturales favores; pero cuando la fé la formula y la caridad la inspira, y la gracia de Dios la fortalece, y en la sangre divina del Calvario se purifica, ¡ah! entonces ella adquiere eficacia y fecundidad sobrehumanas. Sublime misterio, Señores, que aquí mismo acaba de realizarse en estos momentos solemnísimos. De vuestros lábios, de los míos, de los de todos los que hoy hemos venido á prosternarnos ante los altares, ha partido; y cuando todos nuestros homenajes han quedado en la tierra, la oracion ha subido á los cielos; se ha elevado sobre las alas de los angeles; se ha remontado al trono mismo de Dios, ha tocado su corazon, lo ha movido al perdon y á la clemencia, y quizá, rápida mensajera de sus misericordias, ha descendido de las gloriosas moradas á los lugares de la expiacion, para llevar á un alma querida la ventura y la libertad.

Ved aquí, Señores, lo que encierran de misterioso, de conmovedor y de fecundo estas solemnidades fúnebres de la Iglesia católica, cuando se las mira á la luz de la fé; lo que puede la oracion por los difuntos; lo que quiere hacer la vuestra

por el alma de esa Reina querida. Ella, como expresion de nuestro amor, es superior á las lágrimas; enaltece mas, mucho mas que los honores; alcanza inmortalidad mas gloriosa para las almas, que aquella que las aseguran los recuerdos; para ella, dice un orador, «no hay obstáculos, no hay distancias, no hay duracion; el cielo se abre en su presencia; el infierno se cierra á su voz; lo puede todo, lo obtiene todo, triunfa de todo. ¡Ah! Santa y saludable es, dice la Escritura, la idea de orar por los difuntos para que se le perdonen los pecados. *Santa ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare ut á peccatis solvantur* »

Con razon, pues, os la presentaba como la mas grande prueba de amor que podíais ofrecer al alma de nuestra malograda Soberana, y ahora os añadiré, que el dársela, es tambien de obligacion estrechísima, por un deber de caridad cristiana y de evangélica confraternidad. Tal vez, la que, con mirada humana, hemos visto cruzar la vida, angel de candor y de inocencia, al remontar su vuelo á las alturas, llevase empañada la nítida blancura de sus alas, con algo de este polvo, en que rozaron, de las miserias terrenas. Tal vez detenida cerca del manantial purísimo de las delicias sempiternas, sienta en su alma sed devorado-

ra y espere la plegaria que haya de franquearla los divinos raudales. Tal vez desde las regiones de la eternidad, su alma haya dejado de escapar este grito doliente de un patriarca de la antigua ley. «Tened piedad de mí ¡oh vosotros mis amigos todos! por que la mano de Dios me ha tocado!» *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me.*

Bien hicísteis, pues, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor, en tomar en vuestras manos, primero el turíbulo del Santuario, y despues la Víctima Propiciatoria, para constituiros, como Araon, en mediador de vivos y de muertos, y pèdid por el alma de la que dejó un trono terrenal, para comparecer ante el tribunal de ese Supremo Juez, que es Rey de Reyes y Señor de los que dominan.

Bien hicísteis, dignísimas Autoridades, que en esta provincia representais al Gobierno de S. M., en asociar á las nuestras vuestras oraciones, añadiendo solemnidad á estos fúnebres obsequios, con vuestra oficial asistencia.

Señores de la Excelentísima Diputacion Provincial; del Exemo. Ayuntamiento de esta Ciudad y de mi Ilustrísimo y muy amado Cabildo: bien hicísteis tambien al celebrarlos de esta tan espléndida manera, unidos en un mismo y comun sentimiento patriótico y religioso; por que así habeis

dato prueba insigne de vuestra fraternal armonía, de vuestra lealtad monárquica y de vuestra católica piedad.

Y vosotros, individuos de todas las Corporaciones civiles, militares y eclesiásticas: Y vosotras, señoras, como damas españolas, sensibles siempre á la caridad y al dolor: Y tu, pueblo de Almería, en todas las ocasiones leal y noble y generoso: respondiendo, como lo habeis hecho, al llamamiento que se dirigió á vuestros sentimientos nobilísimos, todos habeis merecido bien de la humanidad, de la religion y de la patria; de la humanidad, por que habeis derramado lágrimas en memoria de la muger jóven, inocente y virtuosa; de la patria, por que habeis ofrecido honores y recuerdos á vuestra Reina; de la religion, por que obedeciendo á altísimos deberes de evangélica caridad, habeis venido á los piés de Jesus Crucificado, á elevar fervorosas plegarias por un alma. Yo, en nombre de los que os invitaron á rendir este triple homenaje, aunque el último de todos ellos, y haciéndome intérprete de sus rectas y levantadas intenciones, doy aquí público testimonio de su vivo y profundo reconocimiento.

Mas faltaría á esta hermosa manifestacion, su mas digno remate, su mejor corona, si despues de elevar vuestras preces por el eterno descanso del

alma de Doña María de las Mercedes de Orleans y de Borbon, abiertos, como están, por la oracion, los caminos de las misericordias celestiales, no las invocaseis tambien en favor de todo lo que ella amó en la vida. Era muger, tenía un esposo, y ese esposo es nuestro Soberano; pedid, pues, á Dios conceda á S. M. resignacion y fortaleza en estos momentos, en que con mas razon que el Rey de Amalec, puede repetir esta su famosa y desgarradora queja; *Siccine nos separat amara mors, ¡con que así nos separa la muerte amarga!* Era hija afectuosa y tierna, tenía padres, hermanos y deudos; demandad, pues, para todos eficaces consuelos, y tu espècialmente, muger católica, que sabrás sentir y comprender su dolor; pídelos superabundantes para el corazon dislacerado de la excelsa Señora que la dió á la vida. Era reina y amaba á su pueblo; pedid tambien por España, para que todos sus hijos, del mismo modo que han unido sus lágrimas, unan sus corazones, por el estrecho lazo y la comun aspiracion de dar á su patria dias prósperos, tranquilos y felices. Era, en fin, hija amantísima de la Iglesia Católica; rogad, por último, para que triunfando de las rebeldías de todas las inteligencias y de las flaquezas de todos los corazones, viva en todas las almas, é informe la vida de todos los pueblos, para hacer

seguros y fecundos los progresos de la humanidad, esta Religion divina, única que ofrece enseñanzas para la vida, consuelos para la muerte, sufragios para los que padecen en el Purgatorio, y coronas de gloria imperecedera para los que reinan en el cielo.

HE DICHO.

